

abrir? ¿Qué lado de su vida tomó él el partido de cerrar y de condenar? Entre todas estas escarpas insondables que le rodeaban, ¿cuál fué su elección? ¿Qué extremo aceptó? ¿Á cuál de estos dos abismos hizo él un señal de cabeza?

Su delirio vertiginoso duró toda la noche.

Allí permaneció hasta el día, en la misma actitud, plegado en dos sobre aquella cama, prosternado bajo la enormidad de la suerte, tal vez anonadado, cerrados los puños, tendidos los brazos en ángulo recto como un crucificado desenclavado de la cruz y que hubieran arrojado allí con el rostro hácia abajo. Doce horas estuvo en esta postura, las doce horas de una larga noche de invierno, helado sin levantar la cabeza y sin pronunciar ni una sola palabra. Hallábase inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento rodaba por el suelo ó volaba á las nubes, ora como la hidra, ora como el águila. Al verle así sin movimiento, cualquiera habria creído que era un muerto; de inprovisto se estremecía convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Coseta, los besaba con avidez; entónces se notaba que estaba vivo.

¿Pero quién lo notaba, puesto que Juan Valjean se hallaba solo, y no habia allí nadie?

El misterioso impersonal que está en las tinieblas.

## LIBRO SÉPTIMO

### EL ÚLTIMO TRAGO DEL CÁLIZ

#### I

#### EL SÉPTIMO CIRCULO Y EL OCTAVO CIELO

El día siguiente á una boda es siempre solitario. Generalmente suele respetarse el recogimiento de los felices desposados, y algo también su sueño en retraso. El ruido de las visitas y de las felicitaciones empieza más adelante. En la mañana del 17 de Febrero, eran ya algo más de las doce cuando Basque, que con su mandil puesto y el plumero bajo el brazo, estaba ocupado en « limpiar su antesala, » oyó un ligero golpecito á la puerta. No habian hecho sonar la campanilla. lo que es pru-

dente y discreto en tales días. Basque abrió al señor Fauchelevent. Hizole entrar en la sala, la cual se hallaba aún revuelta y atestada de objetos de la vispera, ofreciendo el aspecto del campo de batalla de la celebración nupcial.

— Ya ve usted, señor, observó Basque, hoy hemos despertado tarde.

— ¿Y su amo de usted se ha levantado? preguntó Juan Valjean.

— ¿Cómo se halla usted del mal que sufre en el brazo? repuso Basque.

— Mejor. ¿Su amo de usted se ha levantado?

— ¿Cuál? ¿el antiguo, ó el nuevo?

— El señor Pontmercy.

— ¿El señor baron? dijo Basque con la cabeza erguida.

Los títulos de los amos sirven ante todo á los criados, á quienes siempre les toca algo; ellos tienen lo que un filósofo llamaría la salpicadura del título, y esto los lisonjea. Marius, digámoslo de paso, republicano militante, y lo había él probado de un modo más que suficiente para ser creído, era ahora sin embargo baron á pesar suyo. Una pequeña revolución se había operado en la familia á propósito de este título. Ahora era el señor Gillenormand el que le tenía afición y mostraba el mayor cuidado é interés en que su nieto fuese reconocido por todo el mundo como tal baron, mientras que Marius procuraba eliminarle en cuanto le era posible. Pero como el coronel Pontmercy había escrito: *Mi hijo llevará mi título*, Marius tuvo que obedecer. Y además, Coseta, en quien la mujer empezaba ya á despuntar, se hallaba contentísima de ser baronesa.

— ¿El señor baron? repitió Basque. Voy á ver. Voy á decirle que el señor Fauchelevent está aquí.

— No. No le diga usted que soy yo. Dígale que un sugeto desea hablarle en particular, y no le diga nombre ninguno.

— ¡Ah! dijo Basque.

— Quiero darle una sorpresa.

— ¡Ah! repuso Basque, dándose á sí mismo su segundo: ¡Ah! como explicación del primero.

Y salió.

Jean Valjean quedó solo.

Como acabamos de decirlo, la sala se hallaba en completo desorden. Parecía que, aplicando el oído, se habría podido oír aún el vago rumor de la boda. Veíanse por el suelo mil flores de toda especie, caídas las unas de las guirnaldas y las otras de los tocados de señora. Las bujías, que habían ardido hasta consumirse enteramente, formaban en los cristales de las arañas numerosas estalactitas de cera. Ni un solo mueble se hallaba en su sitio. En algunos rincones, tres ó cuatro sillones aproximados entre sí y formando círculo, parecían continuar aún los diálogos de una conversacion. El conjunto ofrecía un aspecto risueño. Queda aún cierta gracia en una fiesta muerta. Allí ha reinado la dicha. Sobre aquellas sillas en desorden, entre aquellas flores que se marchitan, bajo aquellas luces apagadas, se ha pensado, y gozado alegremente. El sol sucedía á la araña, y entraba contento y satisfecho en la sala.

Algunos minutos transcurrieron. Juan Valjean se hallaba inmóvil en el sitio en que Basque le había dejado. Estaba muy pálido. Sus ojos parecían hundidos y de tal manera encajados en el cráneo por el insomnio, que casi desaparecían bajo la órbita. Su frac negro mostraba los pliegues y las fatigadas arrugas de la ropa con que hemos pasado la noche vestidos. Los codos blanqueaban con esa pelusa que deja en el paño el roce con ropa blanca. Juan Valjean miraba á sus piés la ventana que la luz del sol dibujaba en el suelo.

Un ruido que se oyó en la puerta le hizo levantar los ojos.

Era Marius que entraba, con la cabeza erguida, la boca

risueña, cierto destello de luz en el semblante, la frente despejada, la vista triunfal. Tampoco él había dormido.

— ¡Es usted, padre! exclamó al ver á Juan Valjean; ¡y ese imbécil de Basque parecía hablarme con tanto misterio! Pero viene usted demasiado temprano. Todavía no son más que las doce y media. Coseta está durmiendo.

Esta palabra: Padre, dicha, al señor Fauchelevent por Marius, significaba: Felicidad suprema. Siempre había habido, como hemos visto, cierta sequedad, frialdad, encogimiento y falta de confianza entre ellos; hielo que había de romperse ó derretirse. Marius se hallaba en ese punto de ebriedad en que se inspira y afirma la confianza, en que el hielo se disuelve, y en que el señor Fauchelevent era para él, como para Coseta, un verdadero padre.

Y continuó, rebotándole las palabras, como suele suceder en esos divinos paroxismos de la alegría:

— ¡Cuánto me alegro de ver á usted! ¡Si usted supiera cuánto le hemos echado ayer de menos! Buenos días, padre. ¿Como está usted de la mano? ¿Mejor, no es verdad?

Y satisfecho de la buena respuesta que él mismo se daba, prosiguió:

— Hemos hablado mucho de usted los dos. ¡Coseta le quiere á usted tanto! No olvidará usted que tiene aquí su cuarto. Ya no queremos más calle de l'Homme-Armé. No la queremos, de ningún modo. ¿Cómo había usted podido ir á habitar en semejante calle, que es vieja, fea, enferma, gruñona, que tiene una barrera en un extremo, donde hace frío, donde no se puede entrar? Vendrá usted á instalarse aquí. Y desde hoy mismo. Ó tendrá usted que habérselas con Coseta. Le prevengo á usted que ella se propone dominarnos á todos como á unos corderitos. Ya ha visto usted su cuarto, está, muy cerca del nuestro, y da á los jardines; ya se ha hecho componer lo que se había descompuesto en la cerradura; la cama está hecha, todo está dispuesto, no

tiene usted más que llegar. Coseta ha puesto junto á su cama de usted una grande y antigua poltrona, de terciopelo de Utrech, á la cual ha dicho: recíbele en tus brazos. Todas las primaveras viene un ruiseñor á la espesura de acacias que está en frente de sus ventanas de usted. Dentro de dos meses recibirá usted esa visita y contará con esa compañía más. Tendrá usted su nido á su izquierda y el nuestro á su derecha. De noche cantará él, y de día hablará Coseta. El cuarto de usted está enteramente al mediodía. Coseta le arreglará allí sus libros, su Viaje del capitán Cook, y el otro, el de Vancouver, todas las cositas de usted. Parece que hay, según creo, una maletita que usted tiene en mucha estima; ya he dispuesto yo para ella un rinconcito, un puesto de honor. Ha hecho usted la conquista de mi abuelo, está prendado de usted. Viviremos muy bien todos juntos. ¿Sabe usted jugar al whist? colmará usted de dicha al abuelo si sabe el whist. Usted será quien lleve á Coseta á pasear los días que esté yo en el Palacio de Justicia; la dará usted el brazo, ya usted sabe, como en otro tiempo en el Luxemburgo. Estamos enteramente resueltos á ser muy dichosos. Y usted será uno de tantos, en participación de nuestra dicha, ¿lo entiende usted, padre? Ah, ¿pero lo que es hoy no dejará usted de almorzar con nosotros?

— Caballero, dijo Juan Valjean, tengo que decir á usted una cosa. Yo soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede ser traspasado lo mismo por el espíritu que por el oído. Estas palabras: *Yo soy un antiguo presidiario*, saliendo de la boca del señor Fauchelevent y entrando en el oído de Marius, iban más allá de lo posible. Marius no oyó nada. Le pareció que acababan de decirle algo; pero no supo lo qué. Y se quedó con la boca abierta.

Entonces observó que el hombre que le hablaba tenía un aspecto pavoroso. Entregado todo él á su propio des-

lumbramiento, no había notado hasta este momento aquella palidez terrible.

Juan Valjean desató la corbata negra que le sostenía el brazo, deshizo el vendaje en que tenía envuelta la mano, puso al desnudo su dedo pulgar y le enseñó á Marius.

— Vea usted, dijo, nada tengo en la mano.

Marius miró el dedo pulgar.

— No he tenido en él nunca nada, añadió Juan Valjean. En efecto, no había el menor señal de herida.

Juan Valjean prosiguió :

— Convenia que me hallara yo ausente del casamiento de ustedes. Y me he ausentado tanto cuanto me ha sido posible. He supuesto esta herida para cometer una falsificación, para no introducir nulidad en los actos del matrimonio, para hallarme dispensado de firmar.

Marius dijo, en tono balbuciente :

— ¿Qué es lo quiere decir todo esto ?

— Esto quiere decir, respondió Juan Valjean, que he estado en galeras.

— ¡Usted me vuelve loco! exclamó Marius azorado.

— Señor Pontmercy, dijo Juan Valjean, yo he estado diez y nueve años en galeras. Por robo. Y despues, he sido condenado á cadena perpétua. Por robo. Por reincidente. Á estas horas, soy un desertor de presidio.

Por más que se esforzaba Marius en retroceder, espantado ante la realidad, en rehusar el hecho, en resistir á la evidencia, era preciso rendirse. Empezó á comprender, y como sucede siempre en casos semejantes, comprendió más allá aún de la misma realidad. Sufrió el estremecimiento de un siniestro resplandor interior; una idea que le hizo temblar le atravesó el cerebro. Entrevió en el porvenir, para él mismo, un destino horrible.

— ¡Dígalo usted todo! ¡dígalo usted todo! exclamó. ¡Usted es el padre de Coseta!

dió dos pasos hácia atrás, con un movimiento de indecible horror.

Juan Valjean levantó la cabeza con tan majestuosa actitud, que pareció engrandecerse y elevarse hasta el techo.

— Es preciso que usted dé crédito á mis palabras, caballero ; bien que el juramento de los hombres como yo no sea recibido en justicia...

Al llegar aquí, guardó silencio ; en seguida, con una especie de autoridad soberana y sepulcral, añadió articulando despacio y apoyando y acentuando bien cada sílaba :

— ... Me dará usted crédito. ¡ El padre de Coseta, yo ! poniendo á Dios por testigo, declaro que no. Señor baron Pontmercy, yo soy un labriego de Faverolles, que ganaba mi vida podando árboles. Mi nombre no es Fauchelevent, me llamo Juan Valjean. Nada soy de Coseta. Tranquílcese usted.

Marius dijo balbuciente :

— ¿ Pero quién me prueba á mí ?...

— Yo. Puesto que yo lo digo.

Marius miró á aquel hombre. Estaba lúgubre y tranquilo. Ninguna mentira podía salir de tal calma. Lo que es helado es sincero. Tocábase la verdad en aquella frialdad de tumba.

— Le creo á usted, dijo Marius.

Juan Valjean inclinó la cabeza, como para tomar acta, y prosiguió :

— ¿ Qué soy yo para Coseta ? un pasajero. Hace diez años, no sabía yo siquiera que ella existiese en el mundo. La quiero, es verdad. Una criatura á quien uno ha visto niña, siendo uno ya viejo, no se puede ménos de quererla. Los viejos nos creemos abuelos de todos los niños. Me parece que puede usted suponer que yo tengo alguna cosa que se asemeja á un corazón. Ella era huérfana ; sin padre ni madre. Tenía necesidad de mí. Hé ahí por qué me puse

yo á amarla. Son tan débiles los niños, que el primero que pasa, aunque sea un hombre como yo, puede ser su protector. Yo he cumplido ese deber con respecto á Coseta. No creo que se pueda en realidad llamar á tan poca cosa una buena accion; pero si esto es una buena accion, está bien, ponga usted que yo la he hecho. Consigne esta circunstancia atenuante. Hoy Coseta deja mi vida; nuestros dos caminos se separan. En adelante, ya no puedo yo hacer nada por ella. Es la señora Pontmercy. Su providencia ha cambiado. Y Coseta gana en el cambio. Todo está bien. Por lo que hace á los seiscientos mil francos, usted no me habla de esto, pero yo voy á anticiparme á su pensamiento: eso es un depósito. ¿Cómo llegó ese depósito á mis manos? ¿Qué importa? Yo entrego el depósito. Nada más se me puede exigir. Completo la restitution diciendo mi verdadero nombre. Esto tambien es asunto que me concierne. Yo tengo el mayor empeño en que usted sepa quién soy.

Y Juan Valjean miró á Marius cara á cara.

Todo lo que experimentaba Marius era tumultuoso é incoherente. Ciertos vendavales del destino producen tales oleadas en nuestra alma.

Todos nosotros hemos tenido de esos momentos de perturbacion en los cuales todo se dispersa en nuestro espíritu; decimos las primeras cosas que se nos ocurren, las cuales no siempre son precisamente las que convendria decir. Hay ciertas revelaciones súbitas que no se pueden soportar, y que embriagan como un vino funesto. Marius se hallaba estupefacto en presencia de la nueva situacion que le aparecia, en términos de hablar á aquel hombre casi como quien le quisiera mal por haber hecho tal revelacion.

— Pero, en fin, exclamó. ¿por qué me dice usted todo eso? ¿Qué es lo que le obliga á ello? Podia usted haber guardado para sí ese secreto. Nadie le delata á usted, ni le persigue, ni le acusa. Sin duda tiene usted alguna razon para

hacer, de propósito deliberado, semejante revelacion. Acabe usted. Sin duda hay otra cosa. ¿Á propósito de qué hace usted esa confesion? ¿Por qué motivo?

— ¿Por qué motivo? repuso Juan Valjean con una voz tan baja y tan sorda que parecia hablar consigo mismo, más bien que con Marius. ¿Por qué motivo, en efecto, viene este galeote á decir: Yo soy un galeote? ¡Pues bien, si! el motivo no deja de ser extraño. Es por honradez. Vea usted, lo que hay en esto más triste y desgraciado para mí es un hilo que siento aquí en el corazón y que me tiene atado. Sobre todo, cuando uno es ya viejo es cuando esos hilos son sólidos. Toda la vida se descompone en derredor, y ellos sin embargo resisten. Si yo hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, deshacer el nudo ó cortarle, é irme bien lejos, me hallaria ahora en salvo; y yo no tenia más que haberme marchado; hay diligencias en la calle de Bouloy; vosotros sois dichosos, y yo me voy. He probado á romper ese hilo, he tirado fuertemente de él, pero él se ha mantenido firme, no se ha roto, me arrancaba con él el corazón. Entónces he dicho: No puedo vivir en otra parte que allí. Es preciso que me quede. Y bien, sí; pero usted tiene razon, yo soy un tonto, ¿por qué no me he decidido á permanecer lisa y llanamente? Ustedes me ofrecen un cuarto en la casa; la señora Pontmercy me quiere bien, ha dicho á ese sillón: Tiéndele los brazos; su abuelo de usted no desea otra cosa más que el tenerme en su compañía, yo le agrado bastante, viviremos todos juntos, comeremos en la misma mesa, yo daré el brazo á Coseta... — á madama Pontmercy, dispense usted, es la costumbre, — no tendremos sino un solo techo, una mesa, un hogar, el mismo rincon de chimenea en invierno, el mismo paseo en verano, esto es la alegría, esto es la dicha, esto es todo. Viviremos en familia. ¡ En familia!

Al pronunciar esta palabra, Juan Valjean presentó un

aspecto terrible. Cruzóse de brazos, se puso á considerar el suelo, como si quisiera abrir un abismo á sus piés, y su voz apareció de improviso con un acento penetrante y formidable :

— ¡ En familia! no. Yo no soy de ninguna familia. No pertenezco á la de ustedes. Tampoco soy de la familia de los hombres. Yo estoy de más en todas partes donde me hallo entre gentes. Hay familias en el mundo, pero no son para mí. Yo soy el desgraciado; yo estoy á la parte de fuera. ¿ Por ventura he tenido yo un padre y una madre? Casi lo pongo en duda. El día en que he cazado á esa niña, ha sido para mí asunto concluido; la he visto dichosa, unida al hombre á quien ama, y que habia ahí tambien un buen anciano, un matrimonio de dos ángeles, todas las alegrías en esta casa, y que todo estaba perfectamente, dije para mí : Tú, no entres. Yo podía mentir, no hay duda, engañarlos á todos ustedes, continuar siendo el señor Fauchelevent. Miétras que ha sido en provecho de ella, he podido mentir; pero ahora sería en provecho mio, y no debo hacerlo. Bastaría con callarme, es verdad, y todo continuaria en los mismos términos. Usted me pregunta : ¿ qué es lo que me obliga á hablar? una cosa bien rara; mi conciencia. Y sin embargo, callarme, era muy fácil. He pasado la noche probando á persuádmelo; usted me confiesa, y lo que yo acabo de decirle es tan extraordinario, que le da á usted derecho á ello; pues bien, sí, he pasado la noche dándome razones, me he dado muy buenas razones, ande usted, que he hecho todo cuanto he podido. Pero hay dos cosas en las cuales no he logrado adelantar nada : ni á romper el hilo que me tiene sujeto por el corazón, clavado aquí y remachado, ni á hacer que calle una voz que me habla bajo cuando estoy solo. Por eso he venido á confesárselo á usted todo esta mañana. Todo ó casi todo. Hay cosas inútiles de decir, que no conciernen á nadie más que á mí, y que yo me las reservo. Lo esencial, ya lo

sabe usted. He cogido, pues, mi misterio y se le he traído á usted. Y he hecho reventar mi secreto en su presencia. No era por cierto esta resolución muy fácil de tomar. Toda la noche he estado luchando. ¡ Ah! cree usted que yo lo he dicho para mí que este no era caso igual al del proceso Champmathieu; que al ocultar mi nombre, á nadie causaba daño; que el nombre de Fauchelevent me le habia dado el mismo Fauchelevent en reconocimiento de un servicio que yo le habia prestado, y que bien podía yo guardarle; y que sería dichoso en ese cuarto que ustedes me ofrecen; que ahí no estorbaria á nadie; que me estaria en mi rinconcito; y que miétras que usted tendria á Coseta, yo tendria la idea de estar en la misma casa que ella. Cada cual habria disfrutado su dicha proporcionada. Continuar siendo el señor Fauchelevent, era una solución que todo lo componia y lo arreglaba. Sí, todo, exepcto mi alma. Todo estaria alegre en derredor mio, pero el fondo de mi alma permaneceria negro. No basta ser dichoso, es preciso estar contento y satisfecho de sí mismo, de su propia conciencia. Así, pues, yo habria continuado siendo el señor Fauchelevent; así, habria ocultado mi verdadero rostro; así, en presencia de vuestra expansión, habria yo sido un enigma; así, en medio de vuestro claro día, yo habria estado envuelto en tinieblas; así, pues, sin dar el menor aviso ni alerta, abria yo introducido buenamente el presidio en vuestro hogar; me habria sentado á vuestra mesa con el pensamiento de que, si llegarais á saber quién soy, me expulsarais de ella; me habria dejado servir por criados que, si lo hubieran sabido, tambien ellos habrian dicho : ¡ Qué horror! Os habria yo tocado con estos mis codos que tenéis derecho á repeler y á rechazar; os habria yo robado, estafado vuestros apretones de manos! Habria habido en vuestra casa una distribución de respeto entre canas venerables y canas deshonoradas; en vuestras horas más íntimas, cuando todos los corazones se

creerian abiertos hasta el fondo los unos para los otros, cuando hubiéramos estado todos cuatro juntos, vuestro abuelo, vosotros dos, y yo, habria habido entre nosotros un desconocido! Habria yo estado al lado de vosotros, en medio de vuestra existencia, teniendo por único cuidado el de no quitar jamas la tapadera á mi terrible pozo. Así, yo, un muerto, me habria impuesto á vosotros, que sois vivientes. Y á ella, la habria yo condenado á mí, á perpetuidad. ¡Usted, Coseta y yo, habríamos sido tres cabezas en el gorro verde! ¿Es que usted no tiembla y no se estremece, sólo de pensarlo? Yo no soy sino el más abyecto y el más abatido de los hombres, y entónces habria sido el más monstruoso. ¡Y este crimen, le habria cometido yo todos los dias! ¡Ya esta mentira, la habria yo renovado á cada instante! ¡Y esta careta de noche la habria llevado yo todos los dias sobre mi cara verdadera! ¿Y cada dia os habria dado una parte de mi propio envilecimiento y de mi deshonra? ¡ todos los dias, sí! á vosotros, mis muy amados, á vosotros mis hijos, á vosotros mis inocentes criaturas! Callarse ¿no es nada? guardar silencio ¿es cosa muy sencilla? No, no es cosa sencilla. Hay un silencio que miente. Y mi mentira y mi fraude, y mi indignidad, y mi cobardia, y mi traicion, y mi crimen, todo esto lo habria yo bebido gota á gota, lo habria vomitado y vuelto á beber despues, habria concluido á média noche y recomenzado á mediodía, y mis buenos-días habrian mentido, y mis buenas-noches habrian mentido tambien, y sobre todo esto habria yo dormido, y habria comido esto con mi pan, y habria mirado á Coseta de frente, y habria respondido á la sonrisa del ángel con la sonrisa del condenado, y habria yo sido un embustero abominable! Y todo esto ¿para qué? para ser dichoso. Para ser dichoso, yo! Por ventura ¿tengo yo derecho á ser dichoso? Yo estoy fuera de la vida, caballero.

Juan Valjean se detuvo al llegar aquí. Marius escuchaba

atónito. Tales encadenamientos de ideas y de angustias no se pueden interrumpir. Juan Valjean bajó la voz nuevamente, pero ya no era la voz sorda, era la voz siniestra.

— ¿Me pregunta usted por qué hablo? nadie me delata, nadie me persigue, nadie me acosa, dice usted. ¡Sí! me delatan, me persiguen, me acosan. ¿Quién? yo mismo. Yo soy quien me intercepto el paso á mi mismo y me arrastro, y me empujo, y me detengo, y me ejecuto, y cuando uno se tiene á sí mismo, está bien tenido.

Y cogiendo su propio frac con el puño y tirando de él hácia Marius:

— Vea usted este puño, continuó diciéndole, ¿No halla usted que tiene él asido este cuello de tal manera que no se le escapa? ¡Pues bien! la conciencia es un puño de otra especie! Si quiere uno ser feliz, caballero, es preciso que no comprenda jamas el deber; pues desde el momento en que ha llegado á comprenderle, es éste implacable. Diríase que nos castiga por haberle comprendido; pero no; él mismo nos indemniza, nos recompensa; pues nos introduce en un infierno donde sentimos que á nuestro lado está Dios. Apénas se ha desgarrado uno las entrañas, cuando ya se halla en paz consigo mismo.

Y con una acentuacion punzante, añadió:

— Caballero Pontmercy, esto no tiene sentido comun, yo soy un hombre de bien. Degradándome á sus ojos de usted, es como yo me elevo y me realzo á mis propios ojos. Lo mismo me ha sucedido ya otra vez, pero era ménos doloroso; aquello no era nada. Sí, un hombre de bien. Y no lo seria yo si, por culpa mia, hubiera usted continuado estimándome; ahora que usted me desprecia, lo soy. Pesa sobre mí esta fatalidad, que no pudiendo tener nunca sino la consideracion robada, esta consideracion me humilla y me abruma interiormente, y que, para que yo me respete, es preciso que me desprecien. Entónces es cuando yo me

pongo erguido. Soy un galeote que obedece á su conciencia. Bien sé que estas son cosas que no se ligan bien, que no se asemejan. ¿ Pero qué quiere usted que yo haga? esto es la realidad. Yo he adquirido ciertos comprimosos conmigo mismo; y me mantengo fiel á ellos. Hay choques á veces que nos ligan, hay acontecimientos azarosos que nos arrastran hácia ciertos deberes. Ya usted ve, señor Pontmercy, á mi me han sucedido cosas extrañas en la vida.

Juan Valjean hizo una nueva pausa, tragando su saliva con esfuerzo, como si sus palabras le dejaran un sabor amargo, y prosiguió:

Cuando sobre uno pesa un tamaño infortunio, no tiene derecho de hacerle participar á los demás sin saberlo ellos, no tiene derecho de comunicarles su peste, no tiene derecho de hacerlos deslizar en su precipicio sin que ellos se aperciban, no tiene derecho de dejarlos llevar su casaca roja, no tiene derecho de agrupar solapadamente su miseria con la dicha de otros. Acercarse á los que están sanos y tocarlos en la sombra con su propia úlcera invisible, es cosa horrenda. Por más que Fauchelevent me haya prestado su nombre, yo no tengo derecho de servirme de él; él ha podido dármele, yo no he podido tomarle. Un nombre es un yo. Ya usted ve, caballero, yo he pensado algo, he leído algo, aunque sea un labriego; y como usted observará, me expreso de una manera decente. Me doy cuenta de las cosas. Me he formado una educación propia para mí. Pues bien, sí, sustraer un nombre y refugiarse debajo de él, no es obrar honradamente. Las letras del alfabeto son cosas que se estafan como una bolsa ó como un reloj de bolsillo. Ser una firma falsa de carne y hueso, ser una llave falsa viviente, entrar en casa de las gentes honradas trampeando la cerradura de su puerta, no mirar nunca, dirigir siempre los ojos bizcos y orecidos, ser un infame en mi interior, ¡ oh! ¡ eso no! no! no! Vale más sufrir, destilar ó sudar sangre, llorar, arrancarse la

piel de la carne con las uñas, pasar las noches torciéndose en mortales angustias, desgarrarse el vientre y el alma. Hé ahí por qué vengo á referir á usted todo esto. De propósito deliberado, como usted dice.

Al llegar aquí respiró penosamente, y despues lanzó esta última palabra:

— Para vivir, en otro tiempo, robé un pan; hoy, para vivir, no quiero robar un nombre.

— ¡ Para vivir! interrumpió Marius. ¿ Es que para vivir necesita usted por ventura de ese nombre?

— ¡ Ah! yo me entiendo, respondió Juan Valjean, levantando y bajando de seguida la cabeza muy despacio y diferentes veces.

Siguióse un momento de silencio. Ambos callaban, cada cual sumergido en un abismo de pensamientos. Marius se habia sentado junto ó una mesa y apoyaba en uno de sus dedos replegado el extremo lateral de su boca. Juan Valjean iba y venía. Se detuvo delante de un espejo, y permaneció allí sin movimiento. En seguida, como si respondiera á un razonamiento interior, dijo mirando aquel espejo donde él no se veía:

— ¡ Mientras que ahora me siento aliviado!

Y volvió á andar de nuevo, dirigiéndose al otro extremo de la sala. En el instante en que se volvió, notó que Marius le miraba andar. Entónces le dijo con un acento difícil de expresar:

— Arrastro un poco la pierna. Ahora ya comprende usted por qué.

Acabó de volverse de frente hácia Marius y añadió:

— Y ahora, caballero, figúrese usted esto: Que no he dicho nada, que continúo siendo el señor Fauchelevent, que vengo á ocupar mi puesto en su casa de ustedes, que soy un miembro de la familia, que estoy instalado en mi



cuarto, que vengo á desayunarme por las mañanas, en chinelas, que por las noches nos vamos los tres juntos al teatro, que yo acompaño á madama Pontmercy á las Tullerías y á la plaza Real, estamos juntos, ustedes me creen su semejante, su igual; y que un día cualquiera, estoy yo con ustedes, nos hallamos todos reunidos en familia, estamos conversando, estamos riendo, y de improviso oyen ustedes una voz que grita este nombre: ¡Juan Valjean! y hé aquí que aquella mano espantosa, la policía, sale de la sombra y me arranca mi máscara bruscamente!

Y volvió á callar de nuevo; Marius se había levantado, experimentando un fuerte estremecimiento. Juan Valjean repuso:

— ¿Qué dice usted á esto?

El silencio de Marius respondía suficientemente.

Juan Valjean continuó:

— Ya usted ve muy bien que tengo razón para no callarme. Así, pues, sea usted dichoso, esté usted en el cielo, sea el ángel de un ángel, tenga su morada en el sol, y contétese con esto, y no se inquiete de la manera cómo un pobre condenado se arregla para abrir su pecho y cumplir con su deber; caballero, tiene usted en su presencia un hombre miserable.

Marius atravesó la sala muy despacio, y cuando llegó junto á Juan Valjean, le alargó la mano.

Marius tuvo que ir á tomar aquella mano que no se le presentaba, Juan Valjean le dejó obrar, y le pareció á Marius que estrechaba una mano de mármol.

— Mi abuelo tiene amigos, dijo Marius: ya conseguimos gracia para usted.

— Es inútil, contestó Juan Valjean. Me creen muerto, esto basta. Los muertos no están sujetos á la vigilancia de la policía. Se cree que están pudiéndose tranquilamente. La muerte es lo mismo que la gracia.

Y soltando su mano, que Marius retenía asida, añadió con una especie de dignidad inexorable:

— Por otra parte, cumplir con mi deber; hé aquí el amigo al cual debo yo recurrir, y nada más; yo no necesito más que una gracia, la de mi conciencia.

En este momento, se entreabrió muy despacio la puerta en la otra extremidad de la sala, asomando entre sus dos hojas medio abiertas la cabeza de Coseta. No se distinguía más que su rostro delicado, estaba admirablemente despeinada, y tenía aún los párpados hinchados de sueño. Hizo el movimiento del pájaro que pasa su cabeza fuera del nido, miró á su marido primero, después á Juan Valjean, y les gritó riendo, como si aquella sonrisa saliera del fondo de una rosa:

— Apostemos á que están ustedes hablando de política. ¡Qué tontería, en vez de estar conmigo!

Juan Valjean se estremeció.

— Coseta,... dijo Marius balbuciente. — Y se detuvo, Diríase que eran dos culpables.

Coseta, radiante de gozo y de hermosura, continuaba mirando á los dos. De sus ojos parecían desprenderse vivos destellos del paraíso.

Los cojo á ustedes en flagrante delito, dijo Coseta. Acabo de oír por entre la puerta á mi padre Fauchelevent que decía: La conciencia... — cumplir con su deber... — Esto no es otra cosa más que política. Pues bien, yo no quiero. No debe empezarse á hablar de política desde el día siguiente. Eso no está bien.

— Te equivocas, Coseta, respondió Marius. Estamos hablando de negocios. Nos ocupamos en buscar la mejor colocación posible á tus seiscientos mil francos...

— ¡No es más que eso! interrumpió Coseta; pues yo también vengo. ¿Me admiten á mí aquí?

Y pasando resueltamente de la puerta, penetró en la